
La percepción del cambio socioeconómico a finales del siglo XVIII: viajeros ilustrados españoles en Inglaterra*

● JOSÉ LUIS RAMOS-GOROSTIZA
Universidad Complutense de Madrid

Introducción

El viaje ilustrado al extranjero fue ante todo un viaje “útil”, cuyo objeto fundamental era contribuir a la mejora y el progreso del propio país en todos los órdenes. Así, el viajero, al margen de cuáles fueran sus intereses particulares concretos, y con el fin de poder aportar noticias y reflexiones que pudieran ser útiles o aprovechables para la prosperidad nacional, intentaba prestar atención a una gran variedad de aspectos, tales como la economía y el comercio, las costumbres sociales, el sistema legal, el estado de las ciencias y las artes, o el funcionamiento de las instituciones políticas, culturales y educativas¹.

De este modo, los viajes al extranjero en la segunda mitad del siglo XVIII se convirtieron en cauces de penetración de nuevas imágenes y visiones de la realidad y fomentaron la discusión, el intercambio y la difusión de ideas y corrientes de pensamiento. Fueron sobre todo uno de los vehículos fundamentales del cambio frente a lo ya conocido², y “permitieron ampliar los horizontes del conocimiento y transmitir a la patria, en términos convincentes, concretos y sugestivos, una vasta parte del panorama cultural y social de países indudablemente a la vanguardia del mundo”³.

En España, muchos de los gobernantes del Dieciocho –desde Fernando VI hasta Godoy, pasando por Aranda o Floridablanca–, fueron plenamente conscien-

* Agradezco sinceramente los comentarios de los evaluadores anónimos de este trabajo.

1. Roche (1998), pp. 287-289.
2. Batllori (1987) y Diz (2000), p. 365; véanse también Pimentel (2003), pp. 25-144 y López Cordón (1992).
3. Fabbri (1996), p. 418.

Fecha de recepción: Diciembre 2009

Versión definitiva: Abril 2010

Revista de Historia Industrial
N.º 44. Año XIX. 2010.3.

tes del provecho que podía suponer para la nación el contacto con el extranjero, y promovieron y apoyaron económicamente estos viajes, cuya importancia también fue reconocida por destacados ilustrados como Jovellanos, Campomanes y Cadalso, entre otros muchos. A su vez, los viajeros españoles de la segunda mitad del siglo, convencidos del valor de su empresa para la felicidad del reino e imbuidos de un reformismo pedagógico, se mostraron decididos a cooperar con el programa de reformas ilustradas⁴.

Básicamente se trataba de un ejercicio de comparación: según Clavijo y Fajardo, el viajero debía comparar lo que había visto fuera con lo que se practicaba en su país; viendo lo que le faltaba y lo que le sobraba, tomando de cada pueblo lo que le parecía más digno de ser imitado y más análogo al genio de sus compatriotas, y acertando mejor con los medios que habían de contribuir a la reforma que introdujese lo que faltaba y desterrase lo que dañaba⁵. Es decir, Europa se convertía en el “necesario marco de análisis de España” y en el “espejo en el que desvelar carencias pero también horizontes”⁶.

Tanto Moratín como Sempere y Guarinos acuñaron la idea de que los españoles del Dieciocho viajaban poco⁷. Sin embargo, Sarrailh, entre otros, niega que esto fuera así⁸. Es verdad que los libros de viaje españoles que se publicaron en la época fueron inferiores en número a las relaciones de viaje redactadas por ingleses, franceses y alemanes, pero ello no se debió a que los españoles viajaran menos por el extranjero, sino “a razones de carácter político, histórico o psicológico, como por ejemplo el temor a caer bajo los rigores de la censura o un más acusado sentido de la discreción y la reserva”⁹.

En la práctica, la gran mayoría de los viajeros españoles de la segunda mitad del XVIII eligió como destino Italia y Francia, epicentros del arte y la cultura. Inglaterra, sin embargo, que era entonces con mucho el país económicamente más dinámico de Europa y donde ya se estaban dando los primeros pasos de la revolución industrial, fue un lugar poco frecuentado por los españoles pese a su evidente atractivo. En este trabajo, precisamente, se pretenden analizar las principales relaciones de viaje por Inglaterra que hoy conocemos –a cargo de Antonio Ponz, el marqués de Ureña y Leandro Fernández de Moratín– con objeto de ver cómo percibieron estos tres destacados ilustrados españoles la transformación socioeconómica sin precedentes que en aquel momento se estaba operando en dicho país, y que iba a inaugurar una nueva etapa en la historia económica europea. Evidentemente, dichas percepciones estaban muy condicionadas por los intereses personales de cada cual y también –a veces– por la premura del propio viaje, pero

4. Gómez de la Serna (1974), pp. 81-83; Enciso (1987), pp. 8; 10.
5. Sarrailh (1992), p. 346.
6. Crespo (2002), pp. 64; 66.
7. Fabbri (1996), p. 407 y Diz (2000), p. 367.
8. Serrailh (1992), p. 339
9. Fabbri (1996), p. 409.

en conjunto nos transmiten una imagen valiosa del cambio socioeconómico que allí estaba teniendo lugar, en la que se subrayan especialmente los contrastes observados respecto al caso español. Por otra parte, es cierto que ninguno de los tres autores era especialista en cuestiones económicas, pero no hay que olvidar que estamos hablando de unos “viajeros ilustrados”, que, como tales, eran atentos observadores de cuanto les rodeaba: entendían el viaje como una empresa patriótica y pretendían recoger un amplio y variado conjunto de noticias útiles (también en el terreno económico y social) que suscitara la emulación y contribuyeran a la reforma del propio país.

Tres viajeros ilustrados españoles ante una gran transformación socioeconómica

Ponz, Ureña y Moratín fueron tres nombres importantes de la Ilustración española, aunque con perfiles muy distintos que, lógicamente, condicionaron su forma de mirar la realidad inglesa: un impenitente viajero experto en arte, un aristócrata erudito de saber polifacético, y una gran figura del mundo de las letras.

Antonio Ponz (1725-1792) fue encaminado por sus padres hacia la carrera eclesiástica, por lo que emprendió estudios universitarios de filosofía y teología y llegó a ser investido con las órdenes menores. Sin embargo, decidió orientarse finalmente hacia el estudio de las bellas artes y de la pintura en particular. Residió en Italia entre 1751 y 1760, y a su vuelta recibió el encargo de decorar la biblioteca de El Escorial con retratos de hombres ilustres. Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, se le encomendó inventariar las pinturas conservadas en los colegios de la Compañía, y él mismo propuso a Campomanes ampliar el proyecto y realizar un completo inventario del patrimonio artístico español, tarea para la que se le concedió una pensión; éste sería el germen de su monumental *Viaje de España* (1772-1794) en 18 volúmenes, que, pese a su propósito inicial, contiene abundantes reflexiones de carácter socio-económico sobre la realidad del país en la segunda mitad del siglo XVIII. Hombre de confianza de Campomanes y corresponsal de Jovellanos, estuvo siempre bien relacionado con los círculos de poder, llegando a ocupar el cargo de secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1776-1790) y ejerciendo una notable influencia en la política cultural borbónica¹⁰.

Gaspar de Molina y Zaldívar, tercer marqués de Ureña (1741-1806), destacó por su saber enciclopédico y su insaciable curiosidad. Aunque estuvo algún tiempo en Barcelona sirviendo en el ejército tras haber estudiado en el Seminario de Nobles de Madrid, dedicó su vida a desarrollar sus múltiples inquietudes intelectuales en su Cádiz natal, que en el siglo XVIII era una ciudad próspera y cosmo-

10. Bolufer (2007), pp. 13-31 y Puente (1968), pp. 24-31

polita de elevado nivel cultural. Su formación técnica y artística era muy sólida y practicó casi todas las disciplinas. Además de ser buen latinista y dominar el griego, conocía y hablaba correctamente el francés, el italiano y el inglés. Por otra parte, cultivó la pintura y los trabajos artesanales, siendo asimismo capaz de tocar varios instrumentos musicales y componer. Publicó un tratado sobre teoría del arte en 1785, y fue aficionado a la literatura, la historia y las ciencias morales y políticas (campos en los que dejó diversos escritos inéditos y varios poemas satíricos). Fue también un arquitecto competente: proyectó el Observatorio de Marina de San Fernando, así como el puente de Ureña y el muelle de Zaporito en la misma ciudad; también diseñó templetos, retablos y cajas de órganos, llevó la dirección de las obras de la Nueva Población de San Carlos en la Isla del León, y elaboró un informe técnico sobre el problema del pantano de Lorca. Asimismo, se mostró siempre muy atraído por las ciencias experimentales, estudiando medicina, botánica, matemáticas y física: publicó, por ejemplo, un tratado sobre galvanismo, fue un gran conocedor de la anatomía descriptiva y comparada –como muestran sus Memorias–, y clasificó una estimable colección de plantas; por otra parte, dominaba el cálculo integral y diferencial y en sus informes técnicos sobre cuestiones hidráulicas desplegó con corrección su buena preparación matemática. En la práctica, se interesó además por el manejo de todo tipo de máquinas y artilugios e ideó ingenios diversos (así, inventó un artefacto para ventilar las salas de los hospitales, construyó lentes para anteojos y un microscopio, hizo relojes, fabricó dispositivos para fuegos artificiales, etc.)¹¹.

Por último, encontramos la figura de Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), seguramente el mayor literato español de finales del XVIII y principios del XIX. Hijo del escritor y abogado Nicolás Fernández de Moratín, nunca cursó estudios universitarios y fue un completo autodidacta, aunque se benefició del contacto con la élite literaria del Madrid de Carlos III en la que se movía su padre. Empleado de una joyería, pudo viajar por Francia en 1787 como secretario de Cabarrús gracias a su amistad con Jovellanos. A su regreso empezó ya a cosechar sus primeros éxitos teatrales y se convirtió en protegido de Floridablanca y luego de Godoy, quienes le otorgaron unas modestas rentas eclesiásticas pese a su falta de vinculación efectiva con la Iglesia. Entre 1792 y 1796, gracias a una pensión de Godoy, viajó por Europa, y a su vuelta fue nombrado Secretario de Interpretación de Lenguas. Partidario de Bonaparte durante la ocupación francesa, acabó exiliándose en Francia tras la guerra¹².

Los tres viajeros aquí considerados –Ponz, Ureña y Moratín– visitaron Inglaterra, respectivamente, en los años 1783, 1787-88 y 1792-93, aunque en realidad tales visitas se inscribieron siempre dentro de viajes más amplios de distinta du-

11. Para una completa semblanza biográfica, Pemán (1992), pp. 29-63. Sobre su viaje, Demerson (1985).

12. Ortiz (1985), pp. 23-29. Véase también el excelente sitio web en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/Moratín/).

ración¹³. Los recorridos que realizaron en diligencia por el país fueron bastante similares. El más completo y singular fue el del marqués de Ureña: entró por Dover, de allí fue a Londres y subió hacia las ciudades industriales del norte (Manchester y Liverpool) pasando por Windsor, Oxford y Birmingham; luego, desde Liverpool, descendió hasta Bristol y Bath –con escalas en Chester, Worcester y Gloucester–, y finalmente regresó a Londres. Ponz, por su parte, llegó también a Londres procedente de Dover y desde allí realizó un recorrido circular: Windsor, Oxford, Bristol, Bath, Salisbury, Winchester, Portsmouth y vuelta a Londres, saliendo luego del país por el puerto de Harwich. Por último, Moratín llegó asimismo a Londres a través de Dover, Canterbury y Rochester, permaneciendo en la capital inglesa la mayor parte del tiempo; sólo hizo una breve excursión a Windsor y un viaje al sudoeste, a las ciudades portuarias de Portsmouth y Southampton. Mientras sabemos con certeza que Moratín estuvo en Inglaterra un año entero (entre agosto de 1792 y agosto de 1793), desconocemos el tiempo exacto que duraron las visitas a la isla de Ponz y Ureña (que en cualquier caso fueron más breves).

Parece que todos contaron con algún tipo de ayuda gubernamental. En el caso de Ponz ello no se ha podido comprobar documentalmente, pero parece más que probable, pues era un hombre bien relacionado que ya había contado con apoyo real en su *Viaje de España*¹⁴. Por su parte, el marqués de Ureña –que hasta París fue acompañando al nuevo embajador en Francia, el conde de Fernán Núñez– solicitó ayuda a Floridablanca, y finalmente se le adjudicaron treinta mil reales¹⁵. En cuanto a Moratín, en 1792 recibió una oferta de Godoy –también de treinta mil reales– para que visitara largamente el extranjero con el fin de estudiar el sistema de las bibliotecas europeas y el estado de los teatros, aunque el dinero prometido no le sería efectivamente concedido hasta casi abandonar Inglaterra, el 9 de junio de 1793¹⁶.

El conocimiento del inglés era raro en la España del siglo XVIII¹⁷. Es improbable entonces que Ponz pudiera defenderse en dicho idioma, aunque sabemos que hablaba francés¹⁸. Ureña y Moratín, sin embargo, sí debían tener un buen dominio del inglés: Moratín fue el primer traductor de Shakespeare al castellano,

13. En el caso de Ponz y Ureña, sus viajes se ciñeron a un mismo itinerario (Francia, Inglaterra, Holanda y Flandes), mientras que Moratín, tras visitar Francia e Inglaterra, atravesó Flandes, Alemania y Suiza para llegar a Italia, que recorrería durante tres años. Por otro lado, estos viajes fueron de duración muy dispar: mientras Ponz realizó todo su recorrido en seis meses, probablemente entre junio y noviembre de 1783 (sin que sepamos exactamente cuánto tiempo estuvo en cada país), Ureña empleó más de un año en el mismo itinerario, entre julio de 1787 y octubre de 1788; por su parte, Moratín estuvo fuera de España más de cuatro años, entre mediados de 1792 y finales de 1796.

14. Bolufer (2007), p. 33n.

15. Pemán (1992), pp. 41; 66.

16. Ortiz (1985), p. 338.

17. Glendinning (1968), pp. 68-69.

18. Bolufer (2007), p. 34. Lord Grantham, que había sido embajador en España, fue un apoyo fundamental de Ponz en su visita a Inglaterra (pp. 84-96). También Ponz (2007[1785]), pp. 184-5.

realizando una versión del complejo *Hamlet* que aún hoy sigue siendo muy apreciada¹⁹, mientras el marqués de Ureña vio elogiado su buen inglés en la fiesta de cumpleaños de Jorge III, a la que fue invitado²⁰.

Sólo Ponz llegó a publicar en vida sus experiencias viajeras bajo el título *Viaje fuera de España* (2 vols., 1785), libro al que luego se referirían tanto Ureña como Moratín²¹. Éste último nos dejó sus variopintas *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* –que se editarían póstumamente en 1867–, así como varias cartas y algunas crípticas anotaciones en su *Diario* (palabras abreviadas, signos, monosílabos, etc.)²². Por su parte, el extenso manuscrito del marqués de Ureña, de 603 folios, sólo vería la luz en 1992. En cualquier caso, se trata de tres textos muy valiosos, dado su carácter excepcional ante la práctica inexistencia de testimonios escritos por españoles sobre la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII²³.

La forma de expresión de cada viajero es peculiar. En Ponz el estilo es seco y nada literario, el tono frío y comedido, y la escritura deja traslucir a veces una cierta precipitación. Además, omite hablar de sus relaciones y actividades sociales durante su viaje y de temas de la vida cotidiana, y –en general– ignora las delicadas cuestiones políticas, como corresponde a un hombre de un reformismo moderado y muy vinculado al poder²⁴. Moratín, sin embargo, seguramente porque está redactando unas notas no destinadas directamente a la imprenta y por su orientación política más liberal, se sitúa en el extremo opuesto. Con una escritura ágil, incisiva y de alto valor expresivo –lejos por tanto del tono contenido de Ponz respecto a la Iglesia, la monarquía y el orden estamental– habla sin tapujos de todo tipo de cosas (incluyendo, por ejemplo, las habituales borracheras del Príncipe de Gales, las agrias caricatu-

19. Cañas (1999), p. 464.

20. Pemán (1992), p. 52.

21. Poco antes de emprender su viaje, el marqués de Ureña visitó con toda seguridad a Ponz en Madrid; además, fue corresponsal suyo en Cádiz de cara a la elaboración del *Viaje de España*. Probablemente Ureña también llegase a conocer personalmente a Moratín, que a su vez coincidió con Goya en Cádiz entre diciembre de 1796 y enero de 1797. Andioc (1968), pp. 174-5; Pemán (1992), p. 55.

22. Fernández de Moratín (1973) y (1967).

23. En Inglaterra, como en otros países de Europa, hubo españoles que residieron de forma estable (estudiantes, artesanos, diplomáticos, artistas, comerciantes, etc.), a veces beneficiándose de la política de becas o pensiones a cargo de la Corona y otras instituciones, que promovieron estancias “útiles” para aprender oficios concretos así como mineralogía, metalurgia, ciencias, etc. Diz (2000), pp. 348-354; Sarrailh (1992), pp. 347-374. Sin embargo, ninguno de ellos plasmó por escrito sus impresiones sobre el país. En algunos casos, ello es especialmente de lamentar. Cadalso, por ejemplo, apenas nos ha dejado algún párrafo sobre su experiencia inglesa, y nada ha quedado de la estancia de hombres de ciencia como Jorge Juan y Antonio de Ulloa; por otro lado, el economista Bernardo Ward –que visitó Inglaterra entre otros países comisionado por Fernando VI– utilizó sus observaciones para escribir un amplio proyecto de reforma para España. Esta misma escasez de libros de viaje o comentarios sobre Inglaterra se mantuvo en la primera mitad del siglo XIX –véase García-Romeral (1997). En concreto, es llamativo que ninguno de los numerosos exiliados de la Omiosa dejara una versión importante de la Inglaterra de Jorge IV. Ortiz (1985), p. 16.

24. Para un tratamiento más amplio de todos estos aspectos, Bolufer (2007), pp. 33, 47-8, 52.

ras que se publicaban del monarca inglés, o la libertad de culto), y otorga especial importancia a los asuntos cotidianos y a los usos sociales²⁵. Ureña, por su parte, se sitúa en un punto intermedio: consigna de forma minuciosa y bastante espontánea aquello que ve –desde las manufacturas y el comercio a las costumbres y las modas, pasando por las instituciones políticas o las ceremonias religiosas–, y se muestra abierto a la novedad en los ámbitos de las costumbres y el pensamiento, pero manifiesta sus recelos frente a algunas de las libertades británicas y se muestra siempre muy respetuoso ante lo que representa la monarquía absoluta en España.

En relación al motivo del viaje, Ponz es el único que lo manifiesta con claridad, insistiendo en su carácter “útil”: se trata de “proponer los ejemplos que [...] parecen dignos de imitarse, como también los que se deben huir”²⁶. Sin embargo, hay también en Ponz un propósito reivindicativo de lo español: insiste en tratar a las naciones visitadas con objetividad y respeto²⁷, y no propagando falsedades y tópicos como habían hecho respecto a España muchos viajeros extranjeros (Caimo, Clarke, Swinburne, Dalrymple, etc.) y algunos hombres de letras²⁸; por otro lado, entiende que viajar fuera ayuda a “discernir y apreciar lo que lo merece”, sin preferir “todas nuestras cosas a las ajenas, ni todas las ajenas a las nuestras”, y comprobando que “no todo lo que nos ponderan merece aprecio y alabanzas”²⁹. En los textos de Ureña –que en cierto modo repitió el viaje de Ponz con mayor amplitud– y Moratín –quien recaló en Inglaterra forzado por el tinte preocupante que estaban tomando los acontecimientos en la Francia revolucionaria– también está presente la idea de “viaje ilustrado”, aunque de forma menos explícita³⁰.

El esplendor urbano como símbolo de prosperidad

Lo primero que los tres viajeros captan al entrar en Inglaterra es una apariencia general de riqueza e intensa actividad. La opulencia material la observan sobre todo en el mismo urbanismo y en la pujanza de la vida urbana: la magnificencia de los grandes edificios públicos y los numerosos palacios, la anchura, factura e

25. Marías (1963) subraya reiteradamente la modernidad de su estilo.

26. Ponz (2007[1785]), p. 181.

27. Ponz (2007[1785]), p. 225.

28. Todo el prólogo al tomo II del *Viaje fuera de España* es un intento de dar respuesta al artículo de Masson de Movilliers, que en “¿Qué se debe a España?” de la *Encyclopédie Méthodique* (1782), negaba que los españoles hubieran producido algo de interés en el conjunto de las naciones europeas. Ponz (2007[1785]), pp. 521-557.

29. Ponz (2007[1785]), pp. 539, 559.

30. Ureña (1992), pp. 587-588, por ejemplo, dejó un “Resumen del Diario” de viaje, mostrando su deseo de consignar todo lo útil para España en economía, arte, gobierno, costumbres y obras públicas.

iluminación de las calles³¹, las incontables tiendas con elegantes y nutridos escaparates³², la abundancia y variedad de los abastecimientos que podían encontrarse en las aseadas carnicerías y pescaderías³³, o el intenso tránsito callejero³⁴. Incluso la elegancia y el confort interior de muchos hogares –con cristales en las ventanas, abundantes alfombras y un mobiliario de calidad³⁵–, o la digna y cuidada vestimenta de ciertas clases humildes³⁶, les parecen signos inequívocos de prosperidad general. En ese mismo sentido, en sus recorridos entre ciudades, les llama la atención la visión de un territorio muy poblado en general, con casas y pueblecitos desperdigados por todas partes³⁷.

Luego, a lo largo de sus relaciones de viaje, se refieren a veces de forma explícita y con admiración a esta idea de opulencia. Ponz, por ejemplo, considera que dicha opulencia había nacido del estudio y cuidado en perfeccionar la agricultura, del fomento general de todas las manufacturas, y de un gran comercio fundado sobre bases sólidas, y –al tiempo que lamenta el escaso provecho obtenido por España de sus territorios americanos– subraya que los ingleses:

Han sabido fijar sus riquezas en grandes edificios, excelentes caminos, perfecto cultivo de las tierras, casas de campo por todas las provincias, etc., que es lo que yo llamo hacer estables las riquezas; porque de otro modo ellas desaparecen, pasando de una mano a otra, y de reino en reino, sin dejar rastro de que tal hubo. Hubiérase hecho así en España desde que se extendió inmensamente la monarquía en el Nuevo Mundo [...] hoy sería la parte de Europa mas magnífica³⁸.

De forma similar, Moratín describe elogiosamente a Inglaterra como la “nación en que las artes, el tráfico, la industria, la agricultura, las ciencias han llegado a un punto de perfección admirable, y donde todo hombre halla abierto el paso en cualquiera de estas carreras para su fortuna y su gloria”³⁹. Y desde la linterna de la catedral de San Pablo, contempla maravillado “la soberbia ciudad que está a sus pies”: “la multitud de navíos” sobre el Támesis, “la campiña hermosa y dilatada, llena de poblaciones y cultivada como un jardín”, “la anchura y rectitud de sus calles”, y “la proporción y uniformidad de sus casas”, con “el humo que sale de tantas chimeneas”⁴⁰. De hecho, el esplendor de Londres era en cierto modo la mejor síntesis de

31. Ureña (1992), pp. 304-5, 321; Ponz (2007[1785]), pp. 461, 564, 611-613.

32. Ponz (2007[1785]), pp. 578, 612.

33. Ponz (2007[1785]), pp. 615, 625-626.

34. Fernández de Moratín (1984), p. 7.

35. Ponz (2007[1785]), p. 478; Fernández de Moratín (1984), pp. 46-47.

36. Fernández de Moratín (1984), p. 46; Ponz (2007[1785]), p. 615.

37. Fernández de Moratín (1984), p. 72; Ponz (2007[1785]), pp. 499, 622. La densidad medida de población en la España de finales del siglo XVIII rondaba los 20.9 habitantes por kilómetro cuadrado (aunque con notables diferencias regionales), mientras en el conjunto de Gran Bretaña era aproximadamente de 64.3 (Martí, 2001, p. 35).

38. Ponz (2007[1785]), pp. 607, 458-9.

39. Fernández de Moratín (1984), p. 97.

40. Fernández de Moratín (1984), p. 22.

la riqueza inglesa y de la pujanza de las ciudades del país⁴¹. Urbe populosa y dinámica, verdadero epicentro del comercio mundial, había vivido un enorme y rápido crecimiento que impresionaba al visitante. Así, Ponz se refiere a ella reiteradamente como “desmedida ciudad” o “verdadera Babilonia”, y la define como “la más grande, la más rica, la más poblada, y la más floreciente de Europa”⁴².

La agilidad en los transportes, base de una amplia movilidad

Uno de los aspectos que suscitaron mayor elogio en los viajeros españoles fue la densa red de comunicaciones, que contribuía a crear un mercado interior amplio e integrado⁴³. Por un lado estaban los caminos, a menudo alineados de árboles y calificados sin excepción de excelentes, de cuyo mantenimiento se encargaban las autoridades locales mediante el cobro de derechos de paso⁴⁴. A ellos había que añadir la buena organización del servicio de transportes, con coches ligeros, resistentes, relativamente cómodos y frecuentes, y unas posadas confortables, aseadas y abundantes que nada tenían que ver con las vilipendiadas fondas españolas⁴⁵. Todo ello

41. En la Europa del siglo XVIII, la proporción del crecimiento urbano total que correspondió a Inglaterra fue del 70% –aunque Inglaterra sólo representaba un 7,7% del conjunto de la población europea hacia 1800. La jerarquía tradicional de las ciudades inglesas se alteró radicalmente en dicha centuria por la rápida urbanización de las áreas industriales. Así, mientras centros tradicionales como Norwich, York y Exeter declinaron en términos relativos, Manchester, Liverpool y Birmingham pasaron a ocupar, por su tamaño, los lugares segundo, tercero y cuarto –respectivamente– después de Londres al finalizar la centuria. Además, hacia 1800 un 24% de la población inglesa vivía ya en ciudades de más de 10.000 habitantes, frente a sólo el 9,5% de la población de la Europa continental (Hudson, 1992, pp.150-151). En España –al terminar el siglo XVIII– únicamente Madrid y Barcelona excedían de 100.000 habitantes y ninguna ciudad del norte superaba los 20.000, en tanto que la proporción de la población activa que seguía empleada en la agricultura sobrepasaba con creces el 60% (Lynch, 2004, p. 177).

42. Ponz (2007[1785]), p. 424.

43. En la gran época de construcción de canales en Inglaterra, entre 1750 y 1820, se añadieron 3.000 millas adicionales a las ya existentes con anterioridad, mientras que en el caso de las carreteras se hizo un gran esfuerzo en las décadas de 1750 y 1760 (en 1750 había 3.400 millas y para el año 1770 había ya 15.000) (Cardwell, 1996, p. 154). En cualquier caso, el esfuerzo en infraestructuras –que en Inglaterra venía de finales del siglo XVII y continuaría durante el siglo XIX– contribuyó notablemente a la especialización regional al ir creando un mercado más integrado y competitivo, y quizá pudo tener un mayor impacto en los costes totales que los cambios en las tecnologías de producción (Dauntton, 1995, p. 285). En España no hubo cambios sustanciales en las infraestructuras de transporte durante el Dieciocho, aunque sí algunas mejoras. En 1761 se promulgó la Instrucción de Caminos para poner en marcha un plan radial de carreteras pavimentadas, pero los trabajos avanzaron muy lentamente. En cuanto a los canales las realizaciones fueron escasas: el canal de Tauste, el primer tramo del de Castilla, y una parte del Imperial de Aragón (Llopis, 2005, p. 153).

44. Por ejemplo, Ponz (2007[1785]), pp. 423, 451, 462, 483, 485; Ureña (1992), pp. 304, 337, 342, 364; y Fernández de Moratín (1984), p. 76.

45. Sobre la calidad de las posadas, Ponz (2007[1785]), pp. 420, 433, 483; Ureña (1992), p. 410; y Fernández de Moratín (1984), p. 76. Ureña (1992), pp. 304-5, 336, 342, 448, es el que más explícitamente alaba la frecuencia y la hechura ligera y cómoda de las diligencias inglesas; Fernández de Moratín (1984), pp. 65-6, dibuja y describe con todo detalle la diligencia que le llevó de Londres a Winchester, y queda además impresionado por el elevado número de diligencias –veintisiete– que ve entrar y salir de Londres a lo largo de una sola hora desde la ventana de su cuarto.

contribuía a favorecer una amplísima movilidad de la población, en muchos casos por motivos estrictamente económicos, tal como lo expresa gráficamente Moratín:

*La pronta comunicación que hay de unas provincias a otras, y la multitud de gentes que continuamente viajan, atendida la bondad de los caminos, las comodidades de coches y posadas, y la necesidad urgente que tienen de pasar de unos pueblos a otros gentes a quienes la industria, el comercio, o el deseo de variar sus placeres, mantiene en continuo movimiento*⁴⁶.

Por otro lado, los canales –cuya construcción se veía facilitada por el hecho de haber “muy pocas cordilleras”– se habían convertido en una pieza esencial para explicar “la perfección de su comercio y la prosperidad interior del reino”⁴⁷. Moratín señala que se trataba de obras hechas “por suscripción” y que ante todo buscaban ser útiles, “no magníficas ni dispendiosas”, como a menudo ocurría con los proyectos españoles de obras públicas⁴⁸. A Ureña le llama especialmente la atención el canal del Duque de Bridgewater, del que también “admira lo corto de los gastos comparado con la grandeza de la empresa y las inmensas utilidades que produce”⁴⁹. Abierto en 1761 e inicialmente pensado para llevar carbón desde las minas de Worsley a las zonas industriales de Manchester, el canal acabó uniendo las ciudades de Manchester y Liverpool, se constituyó en nexo fundamental del sistema de comunicaciones de navegación por el interior del país, y marcó el inicio de una gran era constructora entre 1760 y 1830, que se reveló decisiva en los comienzos de la industrialización.

Por otra parte, Ureña percibe también en puentes y puertos, con pleno conocimiento de causa, lo avanzado de la ingeniería británica. Respecto a los primeros, despierta particularmente su interés –quizá por la novedad del material utilizado– un armonioso puente de hierro sobre el río Severn cerca de Coalbrookdale, y se detiene en su descripción técnica⁵⁰. Respecto a los segundos, hace referencia con admiración

46. Fernández de Moratín (1984), p. 95. También el transporte urbano de Londres era objeto de elogio por su abundancia, baratura y comodidad: Ponz (2007[1785]), pp. 615-6, y Fernández de Moratín (1984), p. 92.

47. Ponz (2007[1785]), pp. 486, 622.

48. Algunos viajeros británicos que visitaron España en la segunda mitad del XVIII criticaron especialmente la falta de realismo de los planes españoles de obras públicas, que nunca se llevaban plenamente a la práctica: Townsend (1988[1791]), pp. 90-91, 145-147; y Jardine (2001[1788]), p. 318.

49. Ureña (1992), p. 409.

50. Ureña (1992), pp. 430, 423-4. El puente, el primero de hierro del mundo, pesa cerca de 400 toneladas. Fue construido con vigas de hierro colado por Abraham Darby III, nieto de A. Darby (1678-1717), quien en 1709 fundió por primera vez hierro con coque. Ello permitió usar por primera vez de forma eficiente carbón piedra en la fundición de hierro, lo que liberaba a la siderurgia de la dependencia del cada vez más costoso carbón vegetal y abría la posibilidad de usar a gran escala las reservas británicas de hulla. Pero no fue hasta 1750 cuando se logró un fundido de calidad con coque y su uso empezó a difundirse con más rapidez. Más tarde, se incrementaría la escala y la calidad en la producción de hierro con los procesos de pudelación y laminado de Cort (1784). En cualquier caso, lo relevante es que sin las aportaciones de Darby y Cort (que llevaron al abaratamiento en la obtención de hierro y a un notable aumento en la cantidad producida del mismo) difícilmente hubiese sido posible fabricar a precios competitivos la maquinaria que alimentó la revolución industrial inglesa (Cardwell, 1996, pp.118; 162).

a la gran capacidad del transitado puerto de Liverpool, entonces en plena expansión (dársenas, diques, almacenes, grúas, etc.)⁵¹. En otro orden de cosas, Ponz alaba la eficiencia del sistema de correos inglés (*Post Office*), que de hecho era muy superior al de otras naciones, con servicios diarios entre Londres y muchos puntos del país⁵².

El campo y la agricultura: frondosidad, amenidad y buen cultivo

Hay una coincidencia general de los tres viajeros en la apreciación del paisaje inglés: quizá por contraste con amplias zonas del territorio español, les llamaba poderosamente la atención la abundancia de arbolado, campos bien cultivados, casas y habitantes. El paisaje, en buena medida resultado de la intervención del hombre, denotaba en este caso una intensa actividad humana que había sabido encauzar la evidente fertilidad natural, dando lugar a una naturaleza controlada, hecha a medida del hombre, y por tanto bella⁵³. Así, se repiten una y otra vez expresiones admirativas tales como “campiña hermosa y dilatada, llena de poblaciones y cultivada como un jardín”,⁵⁴ “bella y frondosa campiña, cubierta de pastos y de árboles” en un “continuo verdor”⁵⁵, o “todo está poblado, labrado y plantado de árboles” dando lugar a una “campiña siempre amena”⁵⁶. Sin duda, Ponz, Ureña y Moratín tenían a la vista los resultados más aparentes de la profunda transformación que había vivido el campo inglés desde finales del siglo XVII gracias a la revolución agrícola, aunque no estando versados en cuestiones agronómicas, no podían ser conscientes de la magnitud y el contenido de dicha transformación⁵⁷. Lo cierto es que tampoco se interesaron específicamente por los nuevos métodos de cultivo o las formas de tenencia⁵⁸, e ignoraron los problemas del campesinado asociados al proceso de cercamientos.

La visión del frondoso paisaje inglés, en cualquier caso, les hace recordar con pena muchos de los pelados yermos españoles, y suscita en los tres viajeros una

51. Por su parte, Ponz (2007[1785]), p. 480, y Fernández de Moratín (1984), p. 70, se refieren elogiosamente al puerto de Portsmouth.

52. Ponz (2007[1785]), p. 614.

53. Véase Freixa (1999), pp. 10-14, sobre la apreciación socioeconómica y estética del paisaje a finales del siglo XVIII.

54. Fernández de Moratín (1984), p. 22.

55. Ponz (2007[1785]), p. 486.

56. Ureña (1992), pp. 322, 430.

57. Según Allen (2004), p. 236, la evolución del *output* por trabajador en la agricultura inglesa (tomando Inglaterra en el año 1500 = 1) fue la siguiente: 1 (1500), 0,76 (1600), 1,15 (1700), 1,54 (1750), y 1,43 (1800). Como se observa, el efecto de la revolución agrícola es claro desde comienzos del siglo XVIII. Por contra, en España –considerada en su conjunto– la evolución fue: 0,89 (1500), 0,76 (1600), 0,87 (1700), 0,80 (1750), 0,70 (1800). Otro dato relevante relacionado con lo anterior se refiere a la distribución de la población, en porcentaje del total, hacia 1750: en Inglaterra el 23% era urbana, el 32% rural no agrícola y el 45% agrícola; por su parte, en España el 21% era urbana y sólo el 16% era rural no agrícola, mientras que la población estrictamente agrícola representaba aún un 63% (Allen, 2004, p. 227).

58. Sólo Ureña (1992), pp. 342, 355, 413, 430, 448, se muestra algo interesado en los diferentes tipos de cultivos y utillajes que encuentra a su paso, así como en algunas de las labores agrícolas, como el abonado con vetas quemadas de piedra calcárea.

reivindicación del fomento del arbolado en España. Ponz⁵⁹, en particular, se había ocupado ya extensamente de la necesidad de promover los plantíos en varias partes de su *Viaje de España* y volvía ahora a insistir en ello⁶⁰, mientras que Ureña denunciaba las creencias equivocadas que llevaban a la destrucción del arbolado: “He observado [en Inglaterra] muchos árboles en los mismos campos donde hacen sombra en gran parte a los granos y no sucede nada de lo que pretextan nuestros andaluces para tener las campiñas peladas”⁶¹.

Por otro lado, sin embargo, pese a favorecer en extremo la frondosidad y el arbolado, el clima inglés limitaba determinadas producciones naturales que los viajeros españoles consideraban esenciales: “aquí –dice Ponz– no hay viñas, ni olivares, ni tantos árboles deliciosos y útiles, como [...] naranjos, limones, almendros y otros que se crían perfectamente en nuestras provincias: suelen tener algo en los invernaderos [...] pero, ¿qué ha de hacer el arte donde la naturaleza no concurre?”⁶². Por su parte, Moratín ponía el ejemplo de un invernadero de parras “cubierto de cristales y con una estufa que le da calor por medio de un tubo que rodea toda la pieza: todo esto es necesario para tener un racimo de uvas en este país”⁶³.

El elevado número de grandes casas de campo de la aristocracia terrateniente, y la suntuosidad con la que estaban interiormente ornamentadas, fue otro de los aspectos que impresionaron a los tres viajeros⁶⁴. Sin duda, era éste un reflejo más de la opulencia general del país, pero sobre todo era un indicador de la actitud activa de la nobleza británica que –frente al absentismo de la gran nobleza española– pasaba largas temporadas en sus propiedades rurales, alternadas con periodos en Londres para cumplir con las obligaciones sociales y parlamentarias⁶⁵. Ello, según Ponz, estimulaba las economías locales: “resulta que yendo y viniendo sus dueños continuamente, dejan sus caudales en los tránsitos y los esparcen en los territorios donde se hallan dichas

59. Fernández de Moratín (1984), p. 66, por ejemplo, al pasar por una zona excepcionalmente desolada, señala: “todo está inculto y árido, ni agua, ni verdura, ni casas, ni hombres: me pareció, cuando pasé por allí, que ya estaba en mi tierra”. Y luego, al comparar Windsor con Aranjuez, dice: “no se ven aquí cerros pelados que estrechan el terreno y reverberan el fuego del sol” (p. 72). Por su parte, Ponz (2007[1785]), p. 420, a la vista de los campos ingleses alidados de árboles, señala que le “melancolizó la memoria de que pudiendo estar a este modo todos los nuestros [...], en muchas provincias [...] no lo estén”. Y al destacar el parecido de la planta de la ciudad de Alcalá de Henares con la de Oxford, indica: “se parecerían mucho más si la campiña de Alcalá fuese tan frondosa (que podría serlo) como la de Oxford” (p.434). La política forestal borbónica fue reflejo de este tipo de preocupaciones: Urteaga (1987), pp. 114-142.

60. Ponz (2007[1785]), p. 642. En relación a las alusiones forestales en el *Viaje de España*, Ponz (1988).

61. Ureña (1992), p. 432.

62. Ponz (2007[1785]), p. 626.

63. Fernández de Moratín (1984), p. 75.

64. Ponz y Ureña visitaron varias. Por ejemplo, Ponz (2007[1785]), pp. 471-5, 503-7, y Ureña (1992), pp. 393-8.

65. El problema de la nobleza absentista era especialmente significado en España, pues los miembros de la alta nobleza eran grandes terratenientes. En Castilla, por ejemplo, más del 60% de la tierra estaba en manos de la nobleza y el clero, sometida al rígido sistema de mayorazgo y manos muertas, mientras que en el sur de la Península los jornaleros representaban entre un 50% y un 70% de la población activa rural (Lynch, 2004, pp. 178-179).

casas de campo”⁶⁶. Además, Ponz rechazaba de plano las críticas a la extraordinaria magnificencia de estas haciendas, que se inscribían en el intenso debate que entonces tenía lugar en Europa sobre la utilidad económica del lujo y su legitimidad moral⁶⁷.

Por otra parte, la afición a la botánica y la agronomía, que hizo mucho en favor de la difusión de las prácticas de la “nueva agricultura”, era tan habitual entre la aristocracia –y las clases acomodadas en general– como el gusto por el coleccionismo:

*Cada uno de esos señores tiene su particular afición en sus casas de campo: quién a las artes, quién a perfeccionar el cultivo de las plantas y las flores. [...] Las perfeccionan, extienden y hermocean con emulación y a competencia. Dueños de grandes riquezas que la industria y el comercio han traído a este reino, han procurado fijarlas en este modo*⁶⁸.

Uno de los reflejos inmediatos de la aludida afición a la botánica eran los cuidados jardines que rodeaban los palacios campestres, y que gustaron mucho a los viajeros españoles⁶⁹. Frente al formalismo geométrico francés, tenían un carácter caprichoso e irregular: pretendían recrear la naturaleza silvestre (caminos tortuosos, terreno accidentado y plantación desigual de una gran variedad de especies), salpicada de elementos arquitectónicos diversos (puentes, templetos, pequeños pabellones, etc.).

La manufactura y el comercio: la constatación del indiscutible liderazgo inglés

Inglaterra se hallaba en pleno proceso de transformación industrial, y su gran capacidad de producción manufacturera, gracias al creciente empleo de máquinas, era motivo de admiración para cualquier visitante. Así, por ejemplo, Ponz, tras pasar revista a la amplia variedad de manufacturas inglesas⁷⁰, señala: “El valor de

66. Ponz (2007[1785]), p. 492.

67. Ponz (2007[1785]), p. 636. Sobre el citado debate, Díez (2001), pp. 103-136.

68. Ponz (2007[1785]), p. 491.

69. Ponz (2007[1785]), pp. 449, 487-9, 496, 505; Ureña (1992), pp. 305, 346; y Fernández de Moratín (1986), pp. 82-3.

70. Para el año 1783, Ponz citaba valores en libras –en el siguiente orden de importancia cuantitativa– referidos a la producción de manufacturas de lana, cuero, obras de hierro, acero y obras plateadas, seda tejida, lino, telas de algodón, porcelana, cáñamo, vidrios y cristales, papel, y plomo (Ponz, 2007[1785], pp. 20-1). Conviene matizar aquí, en relación al valor añadido generado en la industria británica, que en 1770 los sectores tradicionales (lana, cuero y construcción) aportaban aún casi el 87%, mientras los sectores llamados industriales (hierro, carbón, algodón) sólo representaban un 13%. Ya para 1801 la aportación de los tradicionales había caído a un 70% y la de los industriales se había incrementado hasta un 30%. En concreto, mientras la lana había pasado de representar un 30,7% en 1770 a sólo un 18,7% en 1801, el algodón –donde se impuso el sistema de fábrica– pasó de un 2,6% a un 17% entre las mismas fechas (Crafts, 1987, pp. 22-25). Por su parte, en la España de la segunda mitad del siglo XVIII la manufactura seguía dominada por pequeños talleres urbanos –agremiados o independientes– y rurales. Las empresas manufactureras concentradas, alentadas por la política borbónica, sólo generaban un porcentaje muy pequeño del producto industrial. En cuanto a las manufacturas rurales, el *verlagssystem* estaba menos desarrollado que en otros países de la Europa occidental (Llopis, 2005, p. 146).

lo que se fabrica cada año en Inglaterra es cosa que admira [...] Todo el reino está en una continua aplicación; y como siempre se estudia en perfeccionar las manufacturas, lo consiguen con nuevas máquinas e invenciones que el gobierno remunera ampliamente”⁷¹.

En realidad, le llamaba la atención que el país se estuviera enriqueciendo con rapidez y de modo considerable sin apelar al sector primario, que tradicionalmente había venido siendo la base de cualquier economía: “ya ve Usted si puede ser un reino opulento con [...] tan verdadera riqueza como produce el solo ramo de manufacturas, que el comercio inglés transporta a todas las partes del mundo”⁷². Moratín, por su parte, veía en las propias limitaciones naturales de Inglaterra el incentivo básico para haber desarrollado una potente manufactura:

*¿Por qué son poderosos los ingleses? [...] No es otra la causa original que la misma insuficiencia natural de su terreno, la misma rigidez de su clima, que no pudiendo darles las delicias de otros países, les ha hecho buscar por medio de la industria la riqueza [...] ¿Cómo podrían competir por mucho tiempo los que nada tienen con los que lo tienen todo, si no fuese por la indolencia de éstos y por el incansable afán con que los otros suplen a fuerza de arte lo que la naturaleza les negó?*⁷³

Sin embargo, siendo aún partícipe de un marcado agrarismo, Moratín considera que la verdadera riqueza, la única con bases sólidas, está en la actividad agrícola: así, en último término considera que la opulencia inglesa es una “riqueza artificial, no debida a la fertilidad de su suelo, sino a su industria”, y que por eso mismo proporciona un “precario esplendor” que para mantenerse ha de apoyarse en un comercio basado en “exclusiones injustas”, “valiéndose de la ignorancia y el descuido de las demás naciones”⁷⁴.

Precisamente, respecto a la potencia comercial de Inglaterra, lo primero que destacaban los viajeros españoles era que ésta estaba fuertemente respaldada por su poderío naval. Una formidable armada le había permitido dominar los mares y extender su comercio; es decir, no sólo era ésta un temible instrumento bélico, sino también un inestimable apoyo a su hegemonía comercial⁷⁵. De he-

71. Ponz (2007[1785]), pp. 620, 622-3.

72. Ponz (2007[1785]), p. 621.

73. Fernández de Moratín (1984), pp. 58-9.

74. Fernández de Moratín (1984), p. 58. Según Ortiz (1985), pp. 262-3, estas apreciaciones de Moratín estarían inspiradas por el político, diplomático, comerciante y financiero Diego de Gardoqui (1735-1798), a quien conoció en Londres. Gardoqui era a su vez amigo del economista José Alonso Ortiz, primer traductor de *La Riqueza de las Naciones*.

75. Como indica Daunton (1995, p. 507), Gran Bretaña, involucrada en continuos conflictos bélicos durante el siglo XVIII, fue un “Estado fiscal militar”. La armada, en concreto, era un “negocio” de gran exigencia económica: así, un buque de la marina de primera clase, con una tripulación de 900 personas, superaba la fuerza de trabajo de las grandes fábricas, suponía contar con un importante capital fijo en astilleros, y requería un sistema masivo de suministros (alimentos, municiones, cuerdas, velas, multitud de piezas de hierro, latón y cobre, etc.).

cho, Ponz no dudaba en afirmar: “los navíos, fragatas y demás buques de guerra [...] son los muebles más importantes de este reino, y en que principalmente estriba su poder y riqueza”⁷⁶. Moratín, por su parte, señalaba: “El despotismo atroz con que tiranizan el Asia es harto conocido; el contrabando que ejercen en nuestras posesiones de América y el constante sistema de usurpación tan repetido ya, que ignoro cómo se dilata el golpe mortal con que nos despoje de aquellos dominios”⁷⁷.

Por otro lado, todos se refirieron al acusado proteccionismo británico. Ponz no lo censura, sino que –desde una concepción aún mercantilista– lo entiende como una práctica lógica⁷⁸; sin embargo, no acababa de comprender cómo las demás naciones habían soportado durante tanto tiempo las abusivas leyes de navegación inglesas⁷⁹. Moratín se sitúa exactamente en la misma línea, vinculando el esplendor comercial inglés a una extremada política mercantilista:

*El sistema de aduana de Inglaterra, murallas impenetrables a la industria extranjera, donde se pagan derechos tiránicos de introducción, favorece, estimula y premia la industria nacional. El acta de navegación, que no puede considerarse sin vergüenza de las demás naciones de Europa, favorece de tal manera su marina comerciante, excluyendo cuanto es posible las otras, que no sé por cuál razón existe sin que una guerra general le destruya*⁸⁰.

En cualquier caso, le admiraba la hábil capacidad de reexportación inglesa, que sólo era explicable por su muy desarrollado sector manufacturero: compran materiales básicos a otras naciones, “los llevan a Inglaterra, los convierten en objetos de necesidad y lujo, y vuelven a venderlos con nueva forma a las mismas naciones a quienes los compraron”⁸¹. Por su parte, Ureña –al igual que Ponz– captó la gran actividad de comercio atlántico de ciudades como Bristol, y en el caso concreto de Liverpool, destacó la existencia de un lucrativo comercio trian-

76. Ponz (2007[1785]), p. 482. También se quejaba de la agresiva actitud inglesa en los mares (p. 184). Por otra parte, la increíble grandiosidad del hospital de la marina de Greenwich, muy por encima de cualquiera de los palacios del rey, era para Fernández de Moratín (1984), pp. 77, 79-80, la mejor prueba del lugar central que ocupaba la armada en la sociedad.

77. Fernández de Moratín (1984), p. 59.

78. Ponz (2007[1785]), p. 619.

79. Ponz (2007[1785]), p. 620.

80. Fernández de Moratín (1984), p. 60.

81. Fernández de Moratín (1984), pp. 59-60. Al finalizar el siglo XVIII, la estructura del comercio exterior británico era muy distinta a la española y revelaba los grandes cambios que se habían producido en la economía de Gran Bretaña con los inicios de la industrialización. Así, en 1801 y respecto a las exportaciones, las manufacturas representaban un abrumador 88,1%, mientras materias primas y alimentos sólo significaban, respectivamente, el 5% y el 6,9%. Con las importaciones ocurría justo a la inversa: las manufacturas eran sólo un 4,9%, en tanto que materias primas y alimentos representaban el 56,2% y el 38,6% respectivamente (Hudson, 1992, p. 183). Por su parte, en España –para el año 1792– el peso estaba muy repartido en las exportaciones, aunque destacaban las materias primas: manufacturas 31%, materias primas 39,9%, y alimentos 29,1%. En cuanto a las importaciones, despuntaban levemente las manufacturas con un 44,6%, seguidas por alimentos (43%) y materias primas (12,4%) (Carreras y Tafunell, 2004, p. 80).

gular, que unía a los intercambios con América (azúcar, tabaco, etc.), el tráfico de esclavos y productos africanos⁸².

En el terreno específico de la manufactura –como se verá a continuación– Ureña se mostró con mucho como el autor más interesado y fue el único que visitó las ciudades industriales del norte y sus fábricas. No obstante, también Ponz y Moratín hicieron algunas observaciones relevantes sobre las maravillas de la incipiente tecnología inglesa. Moratín, por ejemplo, visitó en Southampton una fábrica de motones (poleas para navíos) –elemento imprescindible para la poderosa marina británica– y le llamó la atención que todo estuviera absolutamente mecanizado: “todas las máquinas necesarias para su construcción se mueven por agua”⁸³. Además, dibujó y se detuvo en la descripción detallada de algunos de los mecanismos que pudo observar, tales como una sierra circular, una original bomba de doble émbolo para achicar agua de los navíos, o unos hornos para calentar agua en grandes calderas y reblandecer troncos⁸⁴. Por otra parte, en dicha ciudad conoció al clérigo Joseph Townsend⁸⁵ –médico, experto en mineralogía y geología, y economista competente– quien en 1791 había publicado sus impresiones sobre un viaje a la Península realizado entre 1786 y 1787, el cual constituye uno de los mejores libros de viaje sobre la España ilustrada⁸⁶.

Ponz, por su parte, además de hacer referencia a las diversas manufacturas que encontró a su paso⁸⁷, se fijó sobre todo en algunos ingenios concretos especialmente llamativos, subrayando la creatividad y la notable la capacidad inventiva que Inglaterra mostraba en todos los órdenes⁸⁸. En cualquier caso, tanto él como Moratín remarcaron la actitud inglesa de acentuado recelo en todo lo relacionado

82. Ureña (1992), p. 426. Desde finales del siglo XVII, Bristol vivió una época dorada, y –al igual que otros importantes centros comerciales como Newcastle– creció entre un 50% y un 100% durante el siglo XVIII. Fue un puerto clave en el comercio triangular atlántico, en particular en productos americanos de plantación (como el tabaco o el azúcar) y en el tráfico de esclavos africanos, que alcanzó su punto álgido en la década de 1780 (Hudson, 1992, pp. 151; 193).

83. Fernández de Moratín (1984), p. 68.

84. La fábrica pertenecía al ingeniero Walter Taylor, inventor de la sierra y la bomba a las que se refiere Moratín. Ortiz (1985), p. 300.

85. Fernández de Moratín (1967), p. 100.

86. Durante dicho viaje Townsend había conocido en Madrid a Ponz.

87. Por ejemplo, las fábricas textiles de los arrabales del este de Londres, las manufacturas de lana, espadas y tijeras de Salisbury, los astilleros de Harwich, o las minas de carbón y las manufacturas de lana de las cercanías de Bristol. Ponz (2007[1785]), pp. 457-8, 477, 597, 643. Además, Ponz parece estar también al tanto de las producciones industriales de lugares que no visita, como el hierro y el acero de Birmingham, o el paño de lana, la lencería de seda, la porcelana y los cristales de Manchester (p. 623).

88. Por ejemplo, una máquina de vapor (“pompe à feu”) para bombear agua desde el Támesis hasta unos depósitos situados en lo más alto de la ciudad, una especie de traje de buzo para sumergirse en el mar con el fin de rescatar el *Royal George* (hundido el 27 de agosto de 1782 en la bocana de la bahía de Portsmouth), los potentes telescopios del observatorio de Greenwich, o un arco levadizo del puente de Londres. Ponz (2007[1785]), pp. 481, 508, 516, 598. Éste subrayaba asimismo que la gran capacidad de innovación inglesa se reflejaba hasta en el arte de la guerra (p. 483).

con las visitas a las manufacturas por miedo al espionaje industrial⁸⁹. Ponz, por ejemplo, constataba la completa prohibición de “extracción de máquinas y de varios artículos esenciales a las fábricas”⁹⁰, mientras Moratín señalaba que resultaba difícil “ver una fábrica, un almacén, [o] una máquina” y que siempre le miraban a uno como “un espía sospechoso”, incluso aunque hubiera conseguido una carta de recomendación con tal fin⁹¹.

Pero fue Ureña, como se ha dicho, quien más atención prestó al mundo de la manufactura. En primer lugar, captó la división del trabajo y la secuenciación de tareas en cadena (“trabajo a pasa mano”⁹²) como el elemento clave de la creciente productividad y de la capacidad para ofrecer bienes terminados a precios bajos:

Como en las manufacturas aprovechan todas las manos capaces de trabajar, así hombres como mujeres y niños, no sólo proporcionan la clase de trabajo al tamaño y la delicadeza de las manos, sino que como el trabajo va de unas en otras, calculan, por la experiencia, el tiempo necesario para cada operación y, a proporción, aplican el número de manos, de que resulta, que trabajando todos con la mayor comodidad posible, se surten los unos a los otros, si cabe hablar así, sin pérdida de instantes. [...] Ésta que yo llamaría [...] táctica mecánica, a que se agrega el auxilio de las máquinas, son los dos fundamentos de que dimana la facilidad de dar la obra a un precio tan bajo que parece increíble⁹³.

En segundo lugar, destacó la actitud emprendedora de las clases acomodadas inglesas, que decidían arriesgar invirtiendo en fábricas y no en tierras, liberando así “su genio inventivo y mecánico” y dedicando su tiempo a actividades que poco tenían que ver con la habitual vida ociosa de la nobleza española:

[la mayoría de las manufacturas] tienen su origen en el gusto que reside en muchas gentes acaudaladas de fijar su diversión más bien en estas útiles ocupaciones que en gastar la mayor parte de su tiempo acosando bichos en el campo o calentando asientos en los espectáculos⁹⁴.

89. El recelo inglés frente al espionaje industrial estaba más que justificado. Como ha mostrado Harris (1998, pp. 563-4) en un estudio exhaustivo, el espionaje industrial tuvo enorme importancia en la transferencia tecnológica de Inglaterra a Francia durante el siglo XVIII en una amplia variedad de sectores (textil, siderúrgico, naval, armamentístico, de vidrio, etc.); además, el Estado francés lo instigó y apoyó directamente a través de diversas vías. Con carácter general, puede afirmarse que en toda Europa el espionaje industrial fue sin duda el principal método para llevar tecnología de un país a otro, si bien la transferencia tecnológica a menudo fue incompleta o defectuosa. En cualquier caso, el hecho de que el espionaje industrial se concentrara en el siglo XVIII en Gran Bretaña era un indicador inequívoco de que las demás naciones la veían como el indiscutible líder tecnológico de la época; del mismo modo, las tempranas restricciones legales que intentó establecer Gran Bretaña para impedir dicha práctica –al menos desde 1719 en adelante– reflejan la clara conciencia británica de su creciente superioridad técnica en el concierto europeo.

90. Ponz (2007[1785]), p. 620.

91. Fernández de Moratín (1984), p. 60.

92. Ureña (1992), p. 391.

93. Ureña (1992), pp. 391-2.

94. Ureña (1992), pp. 400-1. Uno de los personajes a los que se refiere con particular elogio es al gran empresario del hierro y el acero John Wilkinson (1728-1808), destacando que construyó la primera máquina de vapor instalada en Francia (p. 336).

Finalmente, en tercer lugar, dio cuenta de la enorme variedad de producciones manufactureras inglesas que observó en Birmingham, Manchester y Liverpool⁹⁵, y –demostrando unos amplios conocimientos de mecánica– realizó prolijas y detalladas descripciones de los ingenios y procesos de producción que pudo observar, que a menudo completaba con dibujos esquemáticos (en la mayoría de los casos no conservados), intentando siempre subrayar las novedades técnicas en cuanto veía⁹⁶. Junto a todo a ello, hizo algunas referencias a la particular fisonomía de las ciudades industriales y a su rapidísimo crecimiento⁹⁷, y dejó constancia del uso generalizado de mano de obra infantil en las fábricas y del notable tamaño de éstas⁹⁸.

Por último, conviene reseñar una cuestión específica que atrajo la atención de los viajeros españoles: el uso del carbón mineral, muy extendido ya en Inglaterra tanto en hogares como en fábricas. Ponz lo rechazaba por sucio e insalubre, pese a reconocer que “la lumbre de este carbón es mucho más activa”⁹⁹. El espeso “humo sulfúreo y bituminoso” –como también constataba Ureña¹⁰⁰– ennegrecía los edificios, ensuciaba las puertas, las ventanas y la ropa blanca, y generaba un olor desagradable y cierta “pesadez de cabeza”, siendo “dañoso para los pechos delicados”. Por tanto, él se inclinaba decididamente por el carbón vegetal, que obligaba asimismo a una activa política forestal con beneficios generales:

aunque [el carbón mineral] se hallase con abundancia [en España], me alegraré que jamás se haga uso de él por las razones dichas, y porque acaso sería el hallazgo una nueva guerra a los plantíos. Háganse éstos por todo el reino en los montes, en los valles, en los linderos de las heredades y caminos, y se verá

95. Además de fábricas de paño de algodón, fundiciones de hierro y minas de carbón cerca de Newcastle, Ureña (1992), pp. 389-450, visitó –entre otras– manufacturas de latón, guantes, látigos, botones, licores, cristal, reproducciones gráficas, loza, estañado de tachuelas de hierro, pequeños objetos de acero, tintado de tejidos, y azafates metálicos.

96. Como ejemplo de los dibujos esquemáticos, véase Ureña (1992), p. 365. Como ejemplo de las detalladas descripciones técnicas véanse, entre otras, las referentes a la manufactura de hierro colado de Coddington (pp. 389-90), a una fábrica de botones de cascarilla de metal –aleación de cobre y zinc– (pp. 398-400), a la famosa manufactura de loza de Wedgwood (pp. 402-5), o a algunas fábricas de algodón de Manchester (pp. 419; 422), en las que Ureña toma buena nota de novedades observables en los procesos de cardado, hilado y tejido.

97. Por ejemplo, cuando se refiere a Liverpool, Ureña (1992), pp. 401, 423, 426, señala que hacía apenas cien años era “un pueblo que [...] consistía en dos solas y reducidas calles”, mientras ahora [1787] contenía “alrededor de sesenta mil almas”, en tanto que Birmingham rondaba ya las “cien mil”, de las que “se ocupaban setenta mil en las fábricas”.

98. Por ejemplo, una de las fábricas que Ureña (1992), p. 400, visitó, la de Boulton & Scale en Birmingham, que se dedicaba a elaborar pequeños objetos metálicos (hebillas, botones, baratijas, etc.), tenía unos setecientos operarios. Sin embargo, Ureña no se interesó por la situación del proletariado fabril ni entró a discutir las duras condiciones del trabajo infantil. A Ponz (2007[1785]), p. 618, le llamaba especialmente la atención la figura de los pequeños deshollinadores, “demonios” tiznados de negro.

99. Ponz (2007[1785]), pp. 617-8.

100. Ureña (1992), p. 305.

*qué hermosura por todas partes, qué abundancia de frutos, de leña y de un carbón saludable*¹⁰¹.

Moratín, sin embargo, aunque reconocía que la combustión del carbón piedra –del que Inglaterra poseía “minas abundantísimas”– originaba un aire “muy perjudicial”, “con notorio peligro para la salud”, creía que esto se veía más que compensado por su gran poder energético, convirtiéndose en el combustible del futuro: “el fuego que produce es sumamente activo y durable, circunstancia que le hace preferible a cualquier otro”. De hecho, Moratín lamentaba que en España no se hiciera uso de tal recurso: “En España hay también minas de ello; pero en España sólo se hace caso de las minas del Perú, origen funesto de nuestra inacción y nuestra pobreza”¹⁰².

El trasfondo del cambio económico: dinamismo social y cultura política

Uno de los aspectos que a los viajeros españoles les resultaba más destacable de la sociedad inglesa era la implicación de la aristocracia y de las clases acomodadas en el coleccionismo y el mecenazgo de las artes, el fomento de instituciones científicas, y el sostenimiento de obras benéficas. Así, por ejemplo, Ponz hacía notar que en Oxford la famosa Biblioteca Bodleian, la Galería Radcliffe o el Museo Ashmolean se habían “formado a costa de celosos patricios a beneficio público”, mientras que importantes instituciones científicas o artísticas de Londres como la Royal Society (1660) o la Royal Academy (1768) eran fundaciones privadas, y el Museo Británico tenía asimismo su origen en una colección particular¹⁰³. De modo similar –como también señalaba Ureña– muchos hospitales, hospicios y escuelas de

101. Ponz (2007[1785]), p. 618. A Ponz se le escapaba por completo la enorme relevancia económica del uso generalizado del carbón mineral en Inglaterra. La transición desde fuentes orgánicas de energía a fuentes inorgánicas eliminó una importante restricción al crecimiento económico y permitió a la economía inglesa expandirse sin aumentar la presión sobre la tierra para obtener materiales combustibles (algo que entraba en competencia con otros usos del suelo) (Wrigley, 1988, p. 29; 55). Además, el carbón piedra –abundante, accesible y barato– era un combustible mucho más potente que la cada vez más escasa y costosa madera (pues una sola tonelada de carbón genera aproximadamente dos veces más calor que dos toneladas de madera seca); ello condujo a un significativo aumento de la energía disponible per capita y a un gran incremento de la productividad (pp. 51; 54). El carbón empezó primero a emplearse simplemente para proporcionar calor en las casas y en las industrias intensivas en el uso de energía calorífica, hasta que finalmente la máquina de vapor resolvió el problema de transformar a gran escala el calor en energía mecánica (p. 6). Ya en 1700 se extraían en Inglaterra unos 3 millones de toneladas de carbón al año (cinco veces más que en el resto del mundo), pasándose a unos 15 millones de toneladas al año hacia 1800. En cualquier caso, el acceso universal al carbón como combustible doméstico hubo de esperar a los canales y al ferrocarril, mientras en el caso de la industria ésta se desplazó allí donde aquél era fácilmente accesible (pp. 54; 56).

102. Fernández de Moratín (1984), p. 45.

103. Ponz (2007[1785]), pp. 438, 443. Sobre las Academias y el Museo Británico, Ureña (1992), pp. 316-7, 340.

caridad eran fruto de una creciente actividad filantrópica que se había desarrollado en paralelo a la prosperidad económica: “Estas generosidades no son tan frecuentes en otras partes como aquí, donde admira el ver muchas fundaciones de este género hechas por particulares, sumamente costosas”¹⁰⁴. Moratín, por su parte, al tiempo que criticaba la extraordinaria proliferación en España de pobres de oficio debida a una caridad mal entendida, señalaba: “En ninguna parte he visto practicada la verdadera caridad política con tanto acierto como en Inglaterra; aquella caridad que socorre la verdadera pobreza”¹⁰⁵.

Por otro lado, los tres viajeros percibieron unas notables posibilidades de movilidad ascendente en la sociedad inglesa, sobre todo para eruditos y profesionales de clase media¹⁰⁶. Es decir, parecía que las diferencias de estatus podían “suavizarse en atención al mérito y el saber”, y que aristócratas y gentes de clases medias podían “coincidir en sus gustos literarios y artísticos”¹⁰⁷. Sin embargo, la visión que ofrecían de la sociedad inglesa distaba mucho de ser completa: la marginalidad, la pobreza y la picaresca, “ligadas al crecimiento urbano, los avances del capitalismo y la consiguiente desestructuración social”¹⁰⁸, no despertaron el menor interés en Ponz, Ureña y Moratín, y –por tanto– quedaron completamente ausentes de sus impresiones de viaje.

Las sociedades patrióticas –compuestas “de sujetos de la misma profesión” o bien “de gentes acomodadas”– eran también un elemento singular de Inglaterra. Según Moratín, “podrían en cierto modo compararse a nuestras sociedades económicas”:

*[A ellas] debe Inglaterra una gran parte de su prosperidad. Ellas son las que, reuniendo el propio interés, el celo patriótico, la ilustración y la riqueza, proporcionan a la agricultura, a las artes, a la industria y al comercio nacional todas las ventajas posibles. Desde las fábricas a los hospitales, desde el cultivo de los árboles a los primores más delicados de las artes de lujo, todo recibe los efectos de su influencia. Cualquiera descubrimiento, cualquiera noticia útil a estos objetos, halla un premio seguro*¹⁰⁹.

104. Ponz (2007[1785]), p. 599. Ureña (1992), pp. 402, 410, 429, 442, se refiere específicamente a algunas de las numerosas escuelas de caridad nacidas a iniciativa particular. Asimismo, se interesó por el sistema penitenciario inglés, reconociendo la labor reformista del filántropo John Howard (1726-1790) (pp. 331, 362, 423).

105. Fernández de Moratín (1984), pp. 61-62: “Cada parroquia de Londres socorre a los suyos [...] los muchachos aprenden un oficio; las muchachas todas las labores que les son propias [...] Estas parroquias asisten en los varios hospitales de la ciudad a sus enfermos; [...] socorren a las viudas, a los ancianos e impedidos [...] No contando lo que se da voluntariamente, que es mucho, basta advertir que uno de los impuestos de Londres, y acaso el más fuerte [...] es el que se da a la parroquia para estos fines, arreglado a una sexta parte del alquiler de la casa que cada uno ocupa”.

106. Fernández de Moratín (1984), p. 97, es quien mejor expresa esto, al subrayar que en Inglaterra todo hombre encontraba el paso abierto, para su fortuna y su gloria, en las artes, las ciencias o cualquier actividad económica.

107. Bolufer (2007), pp. 116-7.

108. Bolufer (2007), p. 117.

109. Fernández de Moratín (1984), p. 17. Ureña (1992), p. 445, también se refiere con gran elogio a la sociedad patriótica de Bath.

Tal era la beneficiosa actividad de estos *clubs* o sociedades inglesas que las sociedades económicas españolas de amigos del país salían mal paradas de la comparación con ellas:

No se entrometen en tejer cintas, ni en hacer máquinas, ni en plantar árboles, ni en arar la tierra, ni en dirigir manufacturas; pero estimulan, ilustran y favorecen con sus luces a los que deben hacerlo. Sus proyectos no se aplauden y se archivan: se ejecutan por medio de suscripciones cuantiosas, que los facilitan. [...] Si se hace extraño lo poco que han hecho nuestras sociedades [económicas] después de tanto como se ha dicho de ellas [...] mayor maravilla deberá causar a cualquiera que las coteje con estas incorporaciones tan comunes en Inglaterra; siendo de advertir que ellas lo hacen todo, que el Gobierno no las da un cuarto, y que el único favor que deben es el de permitir las¹¹⁰.

También cafés y tabernas son percibidos por los viajeros como una institución importante en la vida inglesa. Los cafés o *coffee houses* se encontraban en torno a la zona de la Bolsa, y en ellos la clase media sellaba negocios, leía la prensa y discutía cuestiones políticas. A estos cafés se refiere Ponz con aprobación, al igual que a las tabernas, donde –mientras se come– “se hacen grandes negociaciones de todos los géneros, sin exceptuar las tramas y manejos políticos”¹¹¹. El propio Moratín asistió en la taberna *Crown and Anchor* a una reunión política de más de cuatrocientas personas anunciada en los periódicos, que describe con detalle en sus *Apuntaciones*¹¹².

Era sin embargo el clima de libertad que se respiraba en la sociedad inglesa el aspecto más llamativo para los viajeros españoles, que venían de un régimen absolutista con una férrea censura religiosa¹¹³. A la absoluta libertad de religión (“sólo se llama infiel a aquel que no cumple sus contratos”¹¹⁴), se unía una amplia libertad de expresión, pues en todos lados –hosterías, cafés, tabernas, etc.– se conversaba “con amplia libertad y sin el menor recelo”¹¹⁵. Hasta tal punto llegaba la citada libertad de expresión, que la caricatura y la sátira eran instrumentos habituales de crítica política, siendo objeto de burla desde el parlamento o el gobierno hasta el mismísimo soberano¹¹⁶. Y quizá como efecto de la libertad de prensa, era sorprendente la pujanza de la prensa inglesa, con un elevado número de periódicos compitiendo entre sí por transmitir con celeridad y rigor el mayor número posible de noticias¹¹⁷.

110. Fernández de Moratín (1984), p. 18.

111. Ponz (2007[1785]), pp. 612, 615.

112. Fernández de Moratín (1984), pp. 12-16.

113. A Moratín dicho clima le gustaba, mientras Ponz (2007[1785]), pp. 628-30, más conservador, reprobaba y criticaba con despectiva ironía las “libertades inglesas” que alentaban el desorden social. Ureña (1992), pp. 315, 328-9, 337-8, por su parte, se interesaba por la libertad de culto, admiraba el liberalismo británico y no veía problemas de orden público, pero censuraba las agrias caricaturas que no respetaban siquiera a la corona.

114. Fernández de Moratín (1984), p. 26.

115. Ponz (2007[1785]), p. 612.

116. Fernández de Moratín (1984), p. 33.

117. Fernández de Moratín (1984), p. 95.

Curiosamente, sin embargo, Ponz, Ureña y Moratín no entraron a exponer las características del sistema político y jurídico inglés, tan singular en el contexto de la Europa de la época y tan importante para la prosperidad general que estaba experimentando el país. A veces reconocían de pasada la excepcionalidad de dicho marco institucional, pero no se consideraron en condiciones de discutirlo en profundidad ni lo pusieron en conexión directa con los logros económicos ingleses, reflejados en los múltiples signos de opulencia social que tanto les admiraban¹¹⁸.

También encontraban los viajeros españoles una auténtica novedad en la incipiente sociedad de consumo que asomaba en ciertas manifestaciones¹¹⁹. Por ejemplo, en el intenso bullicio comercial de muchas calles y en la ya aludida multitud y suntuosidad de las tiendas londinenses, con elegantes escaparates iluminados por la noche en los que se mostraba una gran variedad de mercancías¹²⁰; en la exhibición previo pago de museos, jardines, palacios, iglesias o cualquier otro monumento, indicativa de la existencia de un nuevo público para las “curiosidades públicas”¹²¹; en la difusión del retrato entre las clases medias y la amplia industria del grabado sobre obras originales que permitía la difusión del arte a precios muy asequibles en un amplio mercado burgués¹²²; o incluso en la refinada y elaborada ceremonia de servir el té en las casas acomodadas, símbolo de las necesidades y gastos superfluos inducidos por los nuevos hábitos de consumo¹²³. Asimismo, era apreciable una naciente industria del ocio y el esparcimiento que tenía en la elegante ciudad de Bath su mejor ejemplo, con una amplia oferta de tratamientos termales, bailes, conciertos, representaciones y lugares específicos de reunión en los que se desarrollaban juegos y otras diversiones¹²⁴. No obstante, había también en el propio Londres otros ejemplos en la misma línea. Por ejemplo, una activa vida teatral, en la que incluso el pueblo llano participaba de forma importante¹²⁵; los jardines públicos de Vauxhall y Ranelagh, que contaban con iluminación nocturna y pabellones diversos, y en los que –previo pago– podía disfrutarse de bailes, paseos, música, espectáculos de fuegos artificiales, etc.¹²⁶; el *Circus Regius*, en la orilla meridional de Táme-

118. Ponz (2007[1785]), p. 637; Ureña (1992), pp. 317-20, 453-6.

119. Sobre este aspecto, McKendrick, Brewer y Plumb (1982). La idea de una revolución en el consumo en el siglo XVIII en Inglaterra ha sido luego matizada en algunos aspectos. Por ejemplo, respecto a que ésta se diera específicamente a finales de la centuria, o respecto a que fuera liderada por las clases acomodadas a través de un proceso de emulación en el que Londres y los sirvientes domésticos habrían desempeñado un papel clave (Hudson, 1992, p. 175).

120. Ponz (2007[1785]), p. 612.

121. Todos se quejaban de dichos pagos: Ureña (1992), p. 321, Fernández de Moratín (1984), p. 83, y Ponz (2007[1785]), p. 185.

122. Ponz (2007[1785]), pp. 582, 632-3, Fernández de Moratín (1984), pp. 8; 84.

123. Fernández de Moratín (1984), p. 19; Bolufer (2007), p. 505n.

124. Ponz (2007[1785]), pp. 462-467; Ureña (1992), pp. 434-446. Sobre la naciente industria del ocio, Porter y Roberts (1996).

125. Fernández de Moratín (1984), pp. 104-105.

126. Ponz (2007[1785]), pp. 508-509; Ureña (1992), pp. 325-6, 334.

sis, donde se alternaba el teatro con las exhibiciones de caballos¹²⁷; o el Panteón, una sala de moda en forma de gran rotonda para la celebración de cenas, conciertos y bailes¹²⁸.

En el terreno de la educación, Ponz tomaba como indicador de la ausencia de “general ignorancia” la corrección ortográfica de los letreros de tiendas y almacenes, cuestión que en España aún requería un “eficaz remedio”¹²⁹. Ureña, por su parte, consignaba con gusto el aprendizaje práctico de muchos “jóvenes [que transitaban] en las provincias para adquirirse conocimiento de las gentes, del estado de las fábricas y de sus manufacturas”, una vez asimilados ya los rudimentos de “la ciencia del comercio” en los negocios familiares¹³⁰. Por otro lado, todos los viajeros destacaban la mayor libertad y ambición de la educación femenina. Así, Ureña apuntaba que “la enseñanza se cela mucho [...] especialmente en las damas”¹³¹, mientras Moratín subrayaba que “las mujeres de este país no reciben una educación tan atada como las nuestras; se crían con más libertad y holgura”¹³²; Ponz, a su vez, constataba la presencia habitual de mujeres en actividades culturales (museos, teatros, conferencias, etc.)¹³³. En el terreno de la educación universitaria y la actividad científica, Ureña fue quizá el único que tomó verdadera conciencia de la superioridad inglesa: fue a Oxford –donde describió sus principales *colleges*, su plan de estudios y su funcionamiento, asistió a una excelente lección de mineralogía, y tuvo oportunidad de discutir sobre experimentos anatómicos–, y visitó asimismo al famoso astrónomo Herschel y al físico Diller, además de instituciones como el observatorio de Oxford, la Royal Society de Londres y diversos gabinetes de historia natural¹³⁴.

Finalmente, vale la pena detenerse en la valoración del carácter inglés y de algunas costumbres. En referencia a lo primero, Ponz ensalzaba la tenacidad experimentadora de los ingleses, de gran relevancia económica: “son por lo general aplicadísimos e incansables en los trabajos, no ciñendo sus investigaciones a la superficie de las cosas, sino que se empeñan en superar las dificultades en su fondo, contribuyendo a ello su taciturnidad, ingenio y constancia”¹³⁵. Moratín, sin embargo, si bien alababa “el espíritu de patriotismo que todo lo abraza y vivifica”¹³⁶, era en lo demás bastante duro: tildaba a los ingleses de orgullosos y taciturnos, y creía que –especialmente en su trato con los extranjeros– se mostraban reservados, egoístas, desconfiados e imbuidos de un espíritu de rapiña¹³⁷. Además, lamentaba “el culto que se da al dios Dinero en esta nación”, en la que primaba

127. Ponz (2007[1785]), p. 512.

128. Ureña (1992), p. 452; Ponz (2007[1785]), p. 603.

129. Ponz (2007[1785]), p. 630.

130. Ureña (1992), p. 425.

131. Ureña (1992), p. 309.

132. Fernández de Moratín (1984), p. 27.

133. Ponz (2007[1785]), p. 441.

134. Ureña (1992), pp. 360-1, 344, 349-52.

135. Ponz (2007[1785]), p. 630.

136. Fernández de Moratín (1984), p. 60.

137. Fernández de Moratín (1984), pp. 30-2; 35; 38; 60.

el éxito económico y donde la estimación que de uno se hacía era sobre todo “en razón del dinero que tiene”, más que en función de su cuna u otro tipo de consideraciones¹³⁸. En contraste, el marqués de Ureña, que sin duda se movió en los círculos más selectos y refinados, destacaba peculiarmente la cortesía y el carácter callado de los ingleses¹³⁹.

En relación a las costumbres curiosas, tanto Ponz como Ureña creían muy útil la marcada tendencia a erigir monumentos conmemorativos de los que habían sido grandes hombres de la nación en todos los órdenes (ciencia, navegación, literatura, etc.), pues entendían que ello incitaba a la emulación¹⁴⁰. Moratín, por su parte, se admiraba de “la poca sujeción que les da su grandeza a los más grandes personajes de la Corte y la libertad de que gozan, habiendo sacudido la cadena de las ceremonias y de la etiqueta”¹⁴¹; también consignaba con ironía la norma que obligaba a no enterrar a los muertos hasta que sus deudas hubieran sido saldadas¹⁴², y se refería asimismo al carácter habitual de las borracheras entre las clases acomodadas¹⁴³ y a la “civilizada” visión inglesa del adulterio, que podía llegar a convertirse en una importante fuente de negocio¹⁴⁴.

Conclusiones

En su mirada hacia la realidad inglesa, los viajeros españoles percibieron la opulencia y el intenso dinamismo socioeconómico del país, y fueron capaces de captar en buena medida el proceso de transformación sin precedentes que allí se estaba produciendo. Además, imbuidos de un espíritu reformista e ilustrado, extrajeron “enseñanzas útiles” de su viaje, en tanto que pudieron apreciar algunos agudos contrastes con la situación española y tomar más clara conciencia de las carencias de nuestro país en aquella época.

A veces, la crítica a lo que sucede en España es directa y explícita. Así, por ejemplo, la visión de los campos frondosos y bien cultivados y de las excelentes comunicaciones y facilidades de viaje les lleva a subrayar el descuido de los

138. Fernández de Moratín (1984), p. 64. Con todo, reconocía que los ingleses pecaban aún “de linajudos” (pp. 35-6).

139. Ureña (1992), p. 305.

140. Ponz (2007[1785]), pp. 450, 510-11, 572; Ureña (1992), pp. 313; 329.

141. Fernández de Moratín (1984) p. 63.

142. Fernández de Moratín (1984), p. 86.

143. Fernández de Moratín (1984), p. 9.

144. Fernández de Moratín (1984), p. 37: “El adulterio no es de aquellos delitos que castiga de oficio la justicia [...] El adúltero paga una multa [...] A la mujer no se la castiga de ningún modo ni es consiguiente la separación [...] Habiendo cobrado el marido lo que le toca por sus...prosigue viviendo en paz con su mujer [...] Muchas veces un adulterio no es más que una especulación, concertada muy de acuerdo entre marido y mujer, para despojar a un gran señor o a un comerciante opulento de una porción considerable de guineas”.

montes, los caminos y las posadas de la Península. O el decisivo papel de la nobleza y las clases acomodadas inglesas en el mecenazgo de las artes, el fomento de instituciones científicas y el sostenimiento de obras benéficas, así como su presencia habitual en sus posesiones campestres y su afición a la botánica y la agronomía, les hace lamentar abiertamente la actitud pasiva y frívola de buena parte de la aristocracia española.

En otras ocasiones, los viajeros simplemente descubren en Inglaterra aspectos verdaderamente novedosos que no estaban presentes en España ni se vislumbraban aún en buena parte de Europa: una intensa y sofisticada vida urbana en la que destacaban instituciones como las sociedades patrióticas o las *coffee houses*, una gran movilidad de la población sobre el territorio –a menudo por motivos estrictamente económicos–, un abierto carácter emprendedor de las clases acomodadas, un alto grado de libertad religiosa y de expresión, unas claras oportunidades de ascenso social en función del éxito económico, una incipiente cultura del ocio y el consumo, una fuerte creatividad tecnológica a todos los niveles –que se apoyaba a su vez en un tenaz espíritu de búsqueda de nuevos perfeccionamientos–, una clara dimensión comercial de la producción artística dentro de una cultura muy secularizada, o una amplia y variada actividad manufacturera que con frecuencia se desarrollaba en grandes establecimientos fabriles donde se practicaba la división del trabajo y se empleaba sistemáticamente maquinaria diversa.

En cualquier caso, hay asimismo algunos aspectos relevantes por los que los viajeros no muestran el más mínimo interés o que claramente escapan a su atenta mirada, en parte porque no son expertos en temas económicos, en parte por una mera cuestión de intereses personales, y también quizá en parte por la premura del propio viaje. Por ejemplo, pese a compartir una abierta posición agrarista que subrayaba la importancia de la agricultura como base de la economía, no aprecian la verdadera magnitud de la profunda transformación que había tenido lugar en la agricultura inglesa, gracias a mejoras en las técnicas agronómicas y a ciertos cambios institucionales; tampoco vinculan el dinamismo económico y social de Inglaterra con su singular marco político y legal, y prácticamente no se interesan por la suerte de las clases trabajadoras, que estaban soportando el peso del cambio hacia un mundo industrial.

Por último, los viajeros también muestran su disconformidad con algunas de las cosas que ven. Así, tanto Ponz como Ureña condenan la amplia libertad de expresión que permitía incluso caricaturizar al propio monarca, y Ponz rechaza asimismo de plano la libertad religiosa. Frente al protagonismo de la sociedad civil y al parlamentarismo inglés, que iban abriendo el juego político a nuevos actores, ambos viajeros parecen confiar más en un modelo dirigista, donde el monarca –apoyado en las élites y algunas instituciones locales– promueve y regula el crecimiento económico. A Moratín, por su parte, no le gustan lo que considera rasgos básicos del carácter inglés, y –como Ponz– se muestra muy crítico

con la agresiva política comercial inglesa, apoyada en una potente armada y en ciertas disposiciones de corte mercantilista.

Es cierto que cada uno de los tres viajeros construye su propia *imagen* de la Inglaterra de finales del siglo XVIII, sin duda mediatizada por factores personales, pero no dejan de ser tres visiones valiosas, no sólo porque apuntan en muchos casos en una misma dirección –complementándose en otros–, sino porque nos transmiten con gran viveza algunas de las claves del profundo proceso de cambio socioeconómico que estaba experimentando el país a comienzos de la revolución industrial.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, R. C. (2004), *Revolución en los campos: la reinterpretación de la revolución agrícola inglesa*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza – SEHA.
- BATLLORI, M. (1987), “Prólogo. Presencia de España en la Europa del siglo XVIII. La presencia de España en las capas de la cultura media: los libros de viajes”, en *Historia de España de Menéndez Pidal*, tomo XXXI, vol 1: *La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759-1808)*. Madrid, Espasa-Calpe, pp. XI-XXV.
- BOLUFER, M. (2007), “Una mirada por Europa en el Siglo de las Luces: Antonio Ponz y su *Viaje fuera de España*”, en Ponz, A., *Viaje fuera de España*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, pp. 13-175.
- CAÑAS, J. (1999), “Leandro Fernández de Moratín: traductor dramático”, en Lafarga, F. (coord.), *La traducción en España (1750-1830)*, Lleida, Universitat de Lleida, pp. 463-476.
- CARDWELL, D. (1996), *Historia de la tecnología*, Madrid, Alianza.
- CARRERAS, A., y TAFUNELL, X. (2004), *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica.
- CRAFTS, N. F. R. (1987), “British Economic Growth 1700-1850: Some Difficulties of Interpretation”, *Explorations in Economic History*, 24(3), pp. 245-268.
- CRESPO, D. (2002), “«El giro del mundo». El *Viage fuera de España* de Antonio Ponz”, *Reales Sitios*, nº 152, pp. 64-81.
- DAUNTON, M. (1995), *Progress and Poverty. An Economic and Social History of Britain 1700-1850*, Oxford, Oxford University Press.
- DEMERSON, P. de (1985), “El viaje por Europa del marqués de Ureña (1787-1788)”, en *Homenaje a José Antonio Maravall*, Madrid, CIS, pp. 457-471.
- DÍEZ, F. (2001), *Utilidad, deseo y virtud*, Barcelona, Península.
- DIZ, A. (2000), *Idea de Europa en la España del siglo XVIII*, Madrid, BOE.
- ENCISO, L. M. (1987), “Los cauces de penetración y difusión en la Península. Los viajeros y las Sociedades Económicas de Amigos del País”, en *Historia de España de Menéndez Pidal*, tomo XXXI, vol 1: *La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759-1808)*. Madrid; Espasa-Calpe, pp. 5-12.
- FABBRI, M. (1996), “Literatura de viajes”, en Aguilar Piñal, F. (ed.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta, pp. 407-423.

- FERNÁNDEZ DE MORATÍN, L. (1984), *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, Barcelona, Bruguera.
- (1967), *Diario (mayo 1780-marzo 1808)*, edición de René y Mireille Andioc, Madrid, Castalia.
- (1973), *Epistolario*, Madrid, Castalia.
- FREIXA, C. (1999), “Imágenes y percepción de la naturaleza en el viajero ilustrado”, *Scripta Nova* 42, pp. 1-16 [<http://www.ub.es/geocrit/sn-42.htm>]
- GARCÍA-ROMERAL, C. (1997), *Bio-Bibliografía de viajeros españoles (siglo XVIII)*, Madrid, Ollero & Ramos.
- GLENDINNING, N. (1968), “Influencia de la literatura inglesa en el siglo XVIII”, en *La literatura española del siglo XVIII y sus fuentes extranjeras*, Oviedo; Cuadernos de la Cátedra Feijoo, nº 20, pp. 47-93.
- GÓMEZ DE LA SERNA, G. (1974), *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza.
- HARRIS, J. R. (1998), *Industrial Espionage and Technological Transfer: Britain and France in the Eighteenth Century*, Aldershot, Ashgate.
- HUDSON, P. (1992), *The Industrial Revolution*, Londres, Edward Arnold.
- JARDINE, A. (2001), *Cartas de España [1788]*, edición crítica de F. Pérez Berenguel, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- LLOPIS, E. (2005), “Expansión, reformismo y obstáculos al crecimiento (1715-1789)”, en F. Comín, M. Hernández, y E. Llopis (eds.), *Historia económica de España siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, pp. 122-164.
- LÓPEZ CORDÓN, M. V. (1992), *Realidad e imagen de Europa en la España Ilustrada*, Segovia, Patronazgo del Alcázar de Segovia.
- LYNCH, J. (2004), *La España del Siglo XVIII*, Barcelona, Crítica.
- McKENDRICK, N., BREWER, J., y PLUMB, J. H. (1982), *The Birth of a Consumer Society: the Commercialization of Eighteenth-Century England*, Londres, Europa.
- MARÍAS, J. (1963), “España y Europa en Moratín”, en *Los españoles*, Madrid: Revista de Occidente, pp. 79-119.
- MARTI, M. (2001), *Ciudad y campo en la España de la Ilustración*, Lleida, Milenio.
- ORTIZ ARMENGOL, P. (1985), *El año que vivió Moratín en Inglaterra, 1792-1793*, Madrid, Castalia.
- PEMÁN, M. (1992), “Estudio preliminar”, en Ureña, M. de, *El viaje europeo del marqués de Ureña (1787-1788)*, Cádiz, Unicaja, pp. 17-70.
- PIMENTEL, J. (2003), *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons.
- PONZ, A. (1988), “Plantación de árboles” [extracto] [1786], en Argemí, L. (comp.), *Agricultura e Ilustración*, Madrid, MAPA, pp. 317-324
- (2007), *Viaje fuera de España [1785]*, estudio preliminar, edición y notas de Mónica Bolufer, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- PORTER, R., y ROBERTS, M. (eds.) (1996), *Pleasure in the Eighteenth Century*, Londres, Macmillan.

- PUENTE, J. de la (1968), *La visión de la realidad española en los viajes de Don Antonio Ponz*, Madrid, Moneda y Crédito.
- ROCHE, D. (1998), “Viajes”, en Perrone, V., y Roche, D. (eds.), *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, Alianza, pp. 287-293.
- SARRAILH, J. (1992), *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México, FCE.
- TOWNSEND, J. (1988), *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787) [1791]*. Madrid, Turner.
- UREÑA, Marqués de (Gaspar de Molina y Zaldívar) (1992), *El viaje europeo del marqués de Ureña (1787-1788)*, edición y estudio preliminar de María Pemán, Cádiz, Unicaja.
- URTEAGA, L. (1987), *La tierra esquilmada*, Barcelona, Serbal/CSIC.
- WRIGLEY, E. A. (1988), *Continuity, Chance and Change: The Character of the Industrial Revolution in England*, Cambridge, Cambridge University Press.



The perception of socioeconomic change at the end of the 18th century: spanish enlightened travellers in England

ABSTRACT

The England of the late eighteenth century, which was economically the most dynamic country in Europe and where the industrial revolution were already beginning, was rarely visited by Spanish travellers despite its obvious appeal. In this paper we aim to analyze, from a socioeconomic standpoint, the main Spanish travel books on England we know today (by Antonio Ponz, the Marquis of Ureña and Leandro Fernandez de Moratín). The goal is to see how these three prominent Spanish enlightened authors perceived the unprecedented transformation that it was occurring in the cited country in that moment. Although they are necessarily partial and incomplete, these insights give us a vivid and clear picture of the change that was taking place there, highlighting especially some contrasts with regard to the Spanish case.

KEY WORDS: England, Enlightenment, Spanish Travel Books, Industrial Revolution.



La percepción del cambio socioeconómico a finales del siglo XVIII: viajeros ilustrados españoles en Inglaterra

RESUMEN

La Inglaterra de finales del siglo XVIII, que era el país económicamente más dinámico de Europa y donde ya se estaban dando los primeros pasos de la revolución industrial, fue un lugar poco frecuentado por los viajeros españoles pese a su evidente atractivo. En este trabajo se pretenden analizar –desde un punto de vista socioeconómico– las principales relaciones de viaje por Inglaterra que hoy conocemos, a cargo de Antonio Ponz, el marqués de Ureña y Leandro Fernández de Moratín. El objetivo es ver cómo percibieron estos tres destacados ilustrados españoles la transformación sin precedentes que en aquel momento se estaba operando en dicho país. Pese a ser necesariamente parciales e incompletas, dichas percepciones nos transmiten una imagen lúcida y vivaz del cambio que allí estaba teniendo lugar, subrayando especialmente algunos contrastes respecto al caso español.

PALABRAS CLAVE: Inglaterra, Ilustración, Libros de viaje españoles, Revolución Industrial.

